LA FALANGE CONMEMORA A LOS MARTIRES DE LA TRADICION

1895 - 1938

Fullels DF 4740

Fullets DF 1740.

COPYRIGHT
by Delegación Provincial
de Prensa y Propaganda
de Sevilla

LA FALANGE CONMEMORA

A

LOS MARTIRES DE LA TRADICION

JUSTIFICACION DE LA TIRADA

1.500 ejemplares en gran papel Registro

1.500 ejemplares en papel Litos extra

LA FALANGE

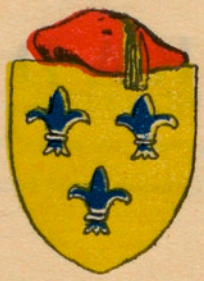
CONMEMORA

A LOS MARTIRES

DE

LA TRADICION

SEVILLA
IMP. F. E.
1938



INSTITUCION DE LA FIESTA DE LOS MARTIRES DE LA TRADICION*

(Carta de Carlos VII al Marqués de Cerralbo)

Venecia, 5 de Noviembre de 1895.

Mi muy querido Cerralbo: Ya te rogué por telégrafo dieras las gracias en mi nombre a los muchísimos que de toda España me felicitaron ayer por mi fiesta.

Al reiterarlas por escrito, quiero comunicarte un pensamiento que, desde hace mucho tiempo, deseo encerrar en forma concreta.

Grandes son los progresos que, merced a tu inteligente iniciativa, a la cooperación generosa de todos los que te ayudan, y también a la fuerza de persuasión de la verdad y la justicia, tenaz y serenamente confesadas, ha logrado nuestra Causa, Pero si orgullosos podemos estar del presente, cúmplenos no olvidar lo mucho que debemos al pasado.

---

* Recogemos la carta que Carlos VII, desde su retiro del palacio de Loredán, en Venecia, escribió a su fiel marqués de Cerralbo instituyendo la Fiesta de los Mártires de la Tradición.

¡Cuántas veces encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 Banderas, tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey!

Los Ollo y los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzátegui, nos han legado una herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.

Y al fin cada uno de esos héroes ha dejado en la historia una página en que resplandece su nombre. En cambio, ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heróicos, he visto caer junto a mí, segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su aliento el último saludo a la patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de ¡viva la religión! ¡viva España! ¡viva el Rey!

Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado su alma a Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aún más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar a la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante!

Nosotros, continuadores de su obra y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber ineludible de honrar su memoria.

Con este objeto propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que desde el principio del siglo XIX han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para celebrarla el 10 de Marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de mi abuelo Carlos V.

Nadie mejor que aquel inolvidable antepasado mío personifica la lucha gigantesca sostenida contra la revolución por la verdadera España durante nuestro siglo.

En los albores de éste, digno émulo de los héroes de la Independencia por su entereza y por su inflexibilidad en el cumplimiento del deber, irguióse enfrente de Napoleón, que en el apogeo de su deber no consiguió doblegarle, como encarnación augusta de la monarquía española.

En el segundo período de su vida ejemplar, reinando su hermano, fué también, en la primera grada del Trono, celoso custodio de las virtudes y tradiciones monárquicas, a la par que modelo de súbditos.

Y, por último, a la muerte de Fernando VII capitaneó la guerra de los siete años, que ha servido para dar nombre gráfico a los defensores de la bandera de la antigua España: los carlistas.

Estas razones me han determinado a escoger la fecha del 10 de Marzo, que además despierta en mí conmovedores recuerdos personales, por ser aquel mes el culminante de la campaña de Somorrostro, y en el que ví morir mayor número de valientes al lado mío.

Ya conoces mi deseo, mi querido Cerralbo. Hazlo saber de antemano, como Representante mío, a nuestras Juntas, a nuestros Círculos y a nuestra prensa, para que se preparen a celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida, esta fiesta nacional.

En ella debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables para que sirvan de estímulo y ejemplo a los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor a Dios, a la Patria y al Rey.

Los Círculos podrían, por ejemplo, premiar aquel día estudios históricos sobre los héroes de las respectivas localidades; la prensa ensalzar y divulgar sus hechos más gloriosos y propagar sus retratos; las Juntas organizar funerales por los muertos de cada provincia, y si se conservan sus restos, restaurar en lo posible sus sepulcros y convocar a nuestros amigos para que recen sobre sus tumbas.

Obra del corazón ha de ser esta fiesta, y con tributos del corazón hemos de celebrarla, más que con ostentosas manifestaciones. La fe, la gratitud y el entusiasmo reemplazarán en ella con creces el fausto y la pompa, que no se avienen bien ni con los gustos de la gran familia carlista, ni por la situación en que se halla por su desinterés sublime.

Dame cuenta, te ruego, de todas las adhesiones que recibas a esta idea y de los preparativos que se hagan en los diferentes puntos de España para esta fiesta nacional, que yo, desde el destierro, presidiré con todo el fervor de mi alma.

Guárdete Dios, como muy de corazón lo desea, tu afectísimo

CARLOS.

La Falange conmemora a los Mártires de la Tradición, los muertos de una Causa tres veces santa, que dieron testimonio de su fe en una España mejor, cuando el ambiente social y político era más obscuro y la yedra, ornato de ruínas, parecía ahogar al tronco robusto de la Patria, como escribió el mártir y sabio Ramiro de Maeztu. Siglo de claudicaciones, de estúpida transigencia liberal, de catástrofe.

Los Mártires de la Tradición, cuya memoria celebramos en estas páginas, levantaron su voz de sana rebeldía y buscaron la suprema razón de la justicia, cuando la discusión tranquila era imposible. Quisieron la guerra. Por tres veces el heroísmo de su juventud romántica de entusiasmo, exaltada por el sueño de una Patria con honor coronaron de rojas boínas carlistas los riscos de las montañas, sosteniendo allí la limpia ejecutoria de sus Banderas.

Ahora que el dolor de la guerra nos salva y llena de gloria, todo el haz apretado de la Falange saluda con el brazo hacia los cielos la luz ejemplar de los antiguos luceros españoles: Mártires de la Tradición.

Forman aquellos que murieron en la decadencia, legión y compañía—Falange de Presentes—con los que hoy en la grandeza dan su vida.

Que hasta en los peores momentos de España fué clásica la Tradición de entregar la vida efímera por la muerte que nos perfila en eternidad y en memoria.

En la mitad del siglo XVII, cuando España recorría ya la curva de su declive, DON FRANCISCO DE QUEVEDO decía al rey Felipe IV estas palabras, muestra estupenda del honor y del poco aprecio de la vida que siempre tuvieron los españoles cuando la Patria la demanda.

A vuestros ojos serán los españoles los mismos que fueron cuando dijo de ellos Silio Itálico, que era gente pródiga del alma, facilísima en precipitarse a la muerte, que impaciente de edad, desprecia llegar a la vejez. Los mismos son hoy que cuando obligaron a pelear por la vida a Julio César, cuando en todo el mundo (confesándole él) peleó por la honra.

.....

A los españoles, Señor, solo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte.

.....

Conviene que uno muera por el pueblo, porque toda la gente no perezca.

En aquellas ideas que pensara SAAVEDRA FAJARDO no podía faltar la lección del pasado para que su *Príncipe político cristiano* tuviese norma de buen gobierno.

Gran maestro de príncipes es el tiempo. Hospitales son los siglos pasados, donde la política hace anatomía de los cadáveres de las repúblicas y monarquías que florecieron, para curar mejor las presentes. Cartas son de marear, en que con ajenas borrascas o prósperas navegaciones están reconocidas las riberas, fondeados los golfos, descubiertas las secas, advertidos los escollos, y señalados los rumbos de reinar.

Con este estudio de la historia podrá vuestra alteza entrar más seguro en el golfo del gobierno, teniendo por piloto a la experiencia de lo pasado para la dirección de lo presente, y disponiéndolo de tal suerte, que fije vuestra alteza los ojos en lo futuro, y lo antevea, para evitar los peligros, o para que sean menores prevenidos.

Por estos aspectos de los tiempos ha de hacer juicio y pronosticar la prudencia de vuestra alteza, no por aquellos de los planetas, que, siendo pocos y de movimiento regulado, no pueden (cuando tuvieran virtud) señalar la inmensa variedad de accidentes que producen los casos y dispone el libre albedrío; ni la especulación y experiencia son bastantes a constituir una ciencia segura y cierta de causas tan remotas. Vuelva, pues, los ojos vuestra alteza a los tiempos pasados, desde el rey don Fernando el Católico hasta los de Felipe II, y puestos en paralelo con los que después han corrido hasta la edad presente, considera vuestra alteza si está agora España tan populosa, tan rica, tan abundante como entonces; si florecen tanto las artes y las armas, si faltan el comercio y la cultura, y si algunas destas cosas hallare menos vuestra alteza, haga anatomía de este cuerpo, reconozca sus arterias y partes, cuáles están sanas, y cuáles no, y de qué causas provienen sus enfermedades.

El gobierno representativo no puede emanciparse de lo pasado: porque la primera condición de todo gobierno es ser posible, y lo pasado encierra todo lo posible en su seno. No siendo posible en su emancipación, el gobierno representativo reclamará su herencia. Heredero, pues, de todas las reacciones políticas y sociales que han luchado por el dominio del mundo en los más grandes campos de batalla, el gobierno representativo deberá reunir todas las verdades que existían en estado de dispersión, deberá completar todas las verdades incompletas, deberá trazar límites a todas las verdades exageradas.

Porque la tradición es el apoyo de la vida política de los pueblos. Solidaridad con un destino histórico y con el porvenir.

Esta es la importancia de la tradición.

La clarividencia de Donoso Cortés nos lo confirma.

. . . . . .

... y ved, señores, cómo es necesario estudiar lo pasado para comprender el presente, que le continúa y le completa; y cuán necesario es estudiar los principios que absorben al hombre y los que disuelven la asociación, para comprender cómo se organiza un poder fuerte en una sociedad emancipada y libre.

Donde no se conserve piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.

En el terreno de la cultura los pueblos grandes exigen al pasado su dirección. El Genio que nos convirtió en Imperio sometió a su servidumbre las artes y las letras de todas las naciones. Era España el meridiano del mundo.

Menéndez y Pelayo, paladín de la Ciencia española, fijó normas inmutables sobre el valor de la tradición en lo intelectual.

DIARIO DE DON CARLOS VII.—1871

LA CAUSA ES LA FE DE NUESTROS PADRES y la restauración en España de la Paz, la justicia y la libertad verdadera. De esa causa yo quiero ser el PRIMER SOLDADO. Tengo derecho, veo en ello una obligación; si lo que represento no pudiera salvar a España nada intentaría. Tengo una gran ambición, la de SALVAR A ESPAÑA que se hunde. Los que crean que puedo salvarla que vengan conmigo. Yo no quiero saber más Historia de España que, desde la REVOLUCION DE SEPTIEMBRE ACA; todo lo demás lo olvido. Creo que todos los partidos, incluso el CARLISTA, han errado o han pecado. Por el solo hecho de ser partidos, son malos; para mí no hay nada más que españoles. O no tengo una empresa alta que acometer, o es la de acabar en lo posible con los partidos. YO NO

Cuando la ocasión llega aparece el afán de muchos años. Para altas empresas—de vida o de muerte—está llamando a sus hijos la Patria. A todos sus hijos. Porque su voz no tiene más que un solo y total sentido. Carlos VII continúa la tradición de sus mayores y su Ejército se forma para no ver la Patria envilecida.

España resucita sin distinciones ni antagonismos.

SOY PARTIDO SINO ESPAÑA. Esta empresa no es continuación de otra, es nueva. España se muere y llama a cuantos quieran salvarla; siendo yo el primer conspirador, el primer soldado, el Rey. Necesito de muchos para derribar lo existente, de más para establecer un buen gobierno.

Mi pensamiento, que ha de manifestarse en forma conveniente, es una gran conciliación de tiempos y de hombres.

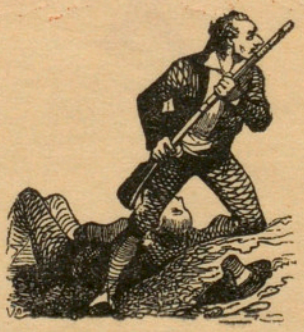
He de llamar a hombres optables de todos los partidos y si se excusan diciendo que pertenecen a éste o al otro, yo les contesto que LA PATRIA ES LO PRIMERO, y que yo los llamo para que sirvan a la Patria.

P.ª III.–880–881

ZUMALACARREGUI

Y la Causa encuentra sus soldados y capitanes que conquistan la victoria tantas veces olvidada. Uno de ellos, el primer genio militar de su siglo, fué visto así por PÉREZ GALDÓS, en sus Episodios Nacionales.

Zumalacárregui no cesaba de combatir, en la boca el ruego, en la mano el mazo. Maestro sin igual en el gobierno de tropas y en el arte de construir, con hombres, formidables mecanismos de guerra, daba cada día a su gente faena militar para conservarla vigorosa y flexible. De continuo la fogueaba, ya seguro de la victoria, ya previendo la retirada ante un enemigo superior. ¿Qué le importaba esto, si su campaña, a más del objeto inmediato de obtener ventajas aquí y allí, tenía otro más grande y artístico, si así puede decirse: el de educar a sus fieros soldados y hacerles duros, tenaces, absolutamente confiados en su poder y en la soberana inteligencia del jefe? Movido de la idea, guiado por su prodigiosa inteligencia y conocimientos del arte guerrero, iba trazando, con garra de león, sobre aquel suelo ardiente, un carácter histórico... ¡Zumalacárregui, página bella y triste! España la hace suya, así por su hermosura como por su tristeza.



Tomás Zumalacárregui

Estas gestas del carlismo no son un episodio aislado. Son los esfuerzos que hace la Patria dolorida por incorporarse y reunir de nuevo su secular empuje. Fueron las guerras el síntoma de que aún teníamos pulso. La tradición es presencia de España.

La voz grandilocuente de VÁZQUEZ DE MELLA así se expresa.

La nación es semejante al organismo humano, que está regido por la ley de renovación constante con que desaparecen de nuestro cuerpo todas las moléculas que le constituyen, pero permaneciendo el alma espiritual revelada por la perpetuidad del recuerdo y la unidad de la conciencia; y por eso en las generaciones que se van sucediendo sobre el suelo nacional hay también un alma, una actividad vital y en cierta manera informante, pero no subsistente como la de los individuos, sino resultante de las creencias, sentimientos, aspiraciones, intereses, recuerdos y esperanzas que forman aquel caudal, que la tradición va transmitiendo de una a otra generación, como si fuese un arca santa y estuviese encerrada allí la esencia viva de la patria. Ella forma la solidaridad entre las generaciones, que parecen las ondas de un inmenso río que un día refleja los cielos estrellados y serenos, y otro día las tempestades sombrías; que un día reproduce la grandeza de Covadonga, y otro la desgracia del Guadalete; un día la sombra de Alarcos, y otro el esplendor de las Navas, la gloria de Lepanto o la desventura sublime de Trafalgar; pero que siempre va discurriendo por el cauce de la historia, señalado en la marcha de los siglos por la tradición de un pueblo. Cuando la voluntad de la nación, de la nación que no es el agregado fortuito de gentes congregadas dentro de los límites variables de un territorio, sino que es el organismo moral de una serie de generaciones unidas por un vínculo espiritual interno, surge, no como la obra fugaz y pasajera de un día, no como una voluntad efímera, sino como la voluntad constante y permanente revelada en las tradiciones perennes de la historia, aquellas instituciones,

que de esa tradición y de ese espíritu nacional se apartan, que no quieren recoger sus títulos en él, o que tratan de desviar esa corriente de sus cauces naturales, son, en último término—si la nación no se suicida renegando de su ser al aceptarlas—, después de un plazo más o menos largo, de un paréntesis sombrío en la vida de las naciones, que tienen vida secular como la nuestra, arrolladas y arrojadas en el abismo de donde no pueden surgir de nuevo, porque se hunden para siempre, y el principio de la tradición pasa triunfante sobre sus ruínas, para continuar la historia.

Tradición no es todo lo pasado. No puede ser tradicional lo que esté en pugna con los principios derivados de la naturaleza del hombre y de su vida de relación, puesto que, según lo dicho, la Tradición ha de estar por éstos animada. Ni tampoco un pasado meramente eventual. La Tradición es el pasado que *cualifica* suficientemente los fundamentos doctrinales de la vida de relación en abstracto considerada; es, en otras palabras, el pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro.

No miramos atrás porque nos cueste crear hacia adelante la solución del problema cotidiano. No es un simple afán de historia polvorienta. Un mártir de la Tradición, Víctor Pradera, que luchó siempre por ella nos lo dice.

La Falange la recoge con ímpetu de hacer obra comparable a la de nuestros mejores tiempos. Porque España no podía vivir una vida mediocre y aburrida, había que levantarla enérgicamente de su lecho, ponerla en pie, arriba, para que de nuevo pudiese sentir la hermandad con aquel destino que la consagró Imperio.

Nuestro Ausente define el hondo sentido de la tradición, de cuya verdad dieron testimonio los mártires que hoy recordamos.

. . . . . .

. . . se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución—no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazarlo todo con pulso firme al ser-

-vicio de una norma- y de la tradi-
-ción- no como remedio, sino co-
-mo sustancia, no con ánimo de
copia de lo que hicieron los gran-
-des antiguos, sino con ánimo de
adivinación de lo que harían
en nuestras circunstancias-. Fruto
de esta inquietud de unos cuan-
-tos nació la Falange.

PALABRAS DEL GENERALISIMO

. . . . . .

El movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente ésto, un movimiento más que un programa y como tal está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora, a medida que la realidad lo aconseje; no es cosa rígida ni estática, sino flexible; y como movimiento ha tenido por tanto diferentes etapas.

La primera de estas etapas, a la que podríamos llamar ideal o normativa, es la que se refiere a todos los esfuerzos seculares de la reconquista española para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica, un imperio cristiano, fué la España que dió la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra Historia. La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista, o sea, cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX, para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España se dió en el siglo pasado, con las guerras civiles cuya mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal, representada entonces por los carlistas, contra la España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales; esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Navarra, como embalsado en un dique todo el tesoro espiritual de la España del siglo XVI.

. . . . . .

... nosotros decidimos ante Dios y ante la nación española ¡dar cima a esta obra unificadora! obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada y para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra toda bastardía y todo arrivismo; queremos mílites, soldados de la fe y no politicastros, ni discutidores; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedan fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.

No queremos a una España vieja y maleada; queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heróicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer Imperial de nuestro pueblo...

Del discurso del Generalísimo, anunciando la unificación y fusión de los distintos partidos, el 18 de abril de 1937 en Salamanca.

El Generalísimo Franco, invicto Capitán y Caudillo de España, hizo realidad este sueño de unidad del Ausente y fundió en una sola fuerza «los dos exponentes auténticos del espíritu del Alzamiento Nacional».

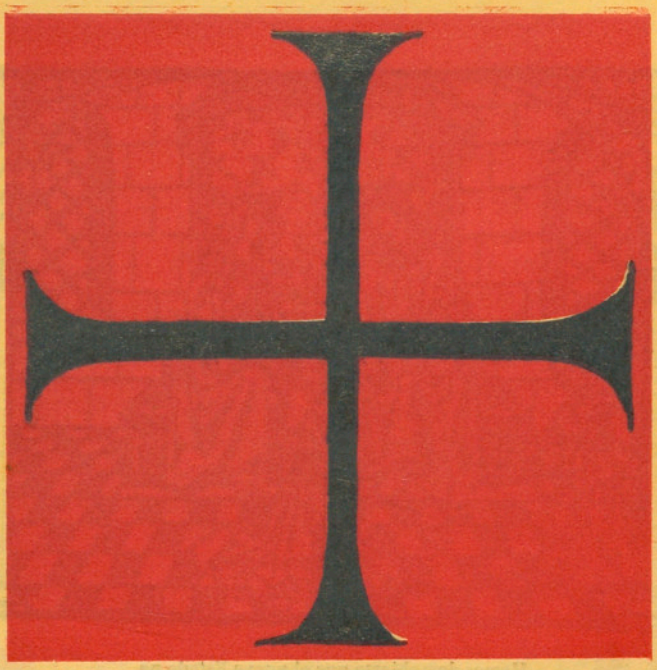
«Como en otros países de régimen totalitario, la fuerza tradicional viene ahora en España a integrarse a la fuerza nueva.

Falange Española aportó con su programa masas juveniles, propagandas con un estilo nuevo, una nueva forma política y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española; los Requetés, junto a su espíritu guerrero, el sagrado depósito de la tradición española tenazmente conservado a través del tiempo, con su espiritualidad católica, que fué elemento formativo principal de nuestra nacionalidad y en cuyos principios eternos de moralidad y justicia ha de seguir inspirándose».

Del Preámbulo del Decreto N.° 255, dado en Salamanca el 19 de Abril de 1937.

Hemos descubierto que el nuevo Estado no es otro que el Estado Español de los Reyes Católicos.

VÍCTOR PRADERA



Todas, todas a una
las Españas en pie. todas al viento
con la mano en la espada y el aliento
contenido y la voz ancha y sonora,
todas puestas en cruz, en esta hora
de un solo amor y un solo Juramento.

José M.ª Pemán

De la ELEGIA DE LA TRADICION
DE ESPAÑA.

HOMENAJE

A

LOS MARTIRES DE LA TRADICION

POR

LA DELEGACION PROVINCIAL

DE

PRENSA Y PROPAGANDA DE F. E. T. DE SEVILLA

EN

EMISION POR *RADIO SEVILLA*

EL DIA 10 DE MARZO DE 1938

MARTIRES DE LA TRADICION

El día 5 de Noviembre de 1895 fué instituída por la voluntad augusta de Carlos VII la fiesta de hoy en honor y recordación de todos los muertos por una España sin mancilla, afincada como en tierra firme y fecunda en la grandeza del pasado, con empuje soberbio para construir un porvenir de dignidad altiva frente a la decadencia y mediocridad de los errores liberales.

Mártires de la Tradición.

Murieron dando testimonio de la fe que los alentaba a luchar. Sellando con la sangre el honor de la palabra, que no tenía más que unas letras contadas y sabidas: España.

Mártires de la Tradición.

Sus nombres quedaron para siempre en la memoria de los suyos, santificados por la suprema ofrenda que los exaltó.

Mártires de la Tradición.

Ayer como hoy. Capitanes y soldados. Geografía y caminos de sangre. Boinas rojas, como alaridos del genio de un pueblo que no quiere el descanso, la comodidad de un régimen de transigencias, blando y duro, podrido. ¡Con que alegría moza y romántica salen las partidas, se engrosan los ejércitos de la Tradición. Mártires. La muerte, suprema afirmación de la vida!

Mártires de la Tradición.

«Aquellos que pelearon con Zumalacárregui y con Ollo y Radica; fueron héroes de Somorrostro, de Alpens, de Montejurra o de Lácar».

Mártires. Con su aliento encendido los ángeles alumbraron nuevas estrellas.

Y España no perdió su camino. Porque en un siglo de oscurantismos, con absurda suficiencia de un progreso, el ser auténtico—los valores eternos—de la Patria encontraron la guardia permanente de la Tradición. Son Requetés. Las boinas rojas.

Porque necesariamente la Historia tiene que anudarse para que este pueblo de España vuelva de nuevo a su plenitud, a sentir solidaridad con el destino que nos hizo nación y nos dió un carácter en el concierto de los pueblos.

Mártires de la Tradición.

Tradición. Herencia. Dominio del ser de España. La definitiva sucesión que nos evita aparecer ante los demás como recién llegados. Somos hijos de algo. Por nosotros responden siglos enteros de Imperio, las obras y el quehacer heróicos de nuestros padres. Hijos de algo. Hidalgos.

Por esto, cuando desde África, el 18 de Julio de 1936, sonaron los clarines, las tierras de España se poblaron de hidalgos.

Camisas azules por las tierras de Castilla y Andalucía y de Galicia. Torrentera de Navarra, chispas ardientes de las boinas rojas. Un rescoldo que no pudieron enfriar tres generaciones.

Franco, Caudillo potente que vió la sangre unida de la juventud combatiente, «en el nombre de España y en el nombre sagrado de los que por ella cayeron», unió, formó un solo haz de flechas ardientes:

«Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. es la disciplina por la que el pueblo, unido y en orden, asciende al Estado y el Estado infunde al pueblo las virtudes de Servicio, Hermandad y Jerarquía.

Y para el logro de todos estos fines, con la fundación heróica del Estado, integra en una sola fuerza a la Comunión Tradicionalista, garantía de la continuidad histórica, y la Falange Española de las J. O. N. S., vocación, forma y estilo de la Revolución Nacional».

10 de Marzo de 1938. ¡Mártires de la Tradición! En España ya aprendimos vuestra dulce llamada, de tanto tiempo repetida. Vuestra muerte la gloria os dió y a nosotros la victoria.

¡Mártires de la Tradición! ¡Presentes!

OLOR DE TRADICION

Como una huella de luz en la sombra de la Patria perdida, como un suave perfume en el aliento podrido de los días nefastos, el pensamiento tradicionalista español, ha ido poniendo su acción y su sueño en la vida de España.

España naufragó en la hora del mundo, cuando desperdiciando legados de fe, de expansión y de cultura, se lanzó por caminos que desconocían sus fines. Una polvareda de pasiones sin rumbo, era el panorama que cegaba a todos. Y en la orgía trasnochada envuelta en negaciones, cultivada por necias voces que surgían sin piedad, se encendía el milagro de un afán victorioso cubierto de nostalgias: ¡Olor de Tradición!

¿Cómo ha sido posible entrever, sobre el humo denso, sobre las nubes tan negras creadas por tanta muerte y tanto llanto en nuestro cielo, la aurora que existía encerrada en las sombras?

Guerrilleros en flor, hermanos en la sangre y unidos en el viento, enhebraron el hilo que ha tejido los límites del mapa nuestro y puro. Guerrilleros del alba, boinas rojas de la fe y el entusiasmo, que saltaron año tras año las tétricas alambradas que oponían los espectros de la negación...

Guerrilleros con espada y con vela, que en procesión interminable, cortaban el mal por su retorcida y negra raíz, y alumbraban a Dios, en su aventura romántica y concreta, al aire sus nobles capas de nostalgias y amores iluminados.

Así. Así es la Tradición. La Tradición como sueño que vivifica y une. La Tradición de las esencias más puras, abiertas al presente y enlazadas con el principio original de la grandeza. La Tradición como hora presente y hora pasada, en hermandad inseparable con el resurgimiento y la nostalgia.

Zumalacárregui, conquistó la alegría en el dolor constante por el ideal, y su Rey Carlos encendió la luz de la nobleza e hizo

caballeros del honor y de la sangre a la juventud serena y encendida, perfumada por la gloria de la entereza y del entusiasmo.

Un desfile de héroes, que empieza en nuestro suelo y termina en el infinito, ha presenciado y presencia el valor de esta creación. En el momento presente, ha resucitado aquel espíritu de orla celestial, y ha penetrado en su grandeza y comprensión en la lucha moderna.

Los enemigos son los mismos. El vicio que se combate es el mismo. Nuestra ilusión es la misma, pero infiltrada en la corriente de los nuevos años, se ha rejuvenecido para hacer ver a la masa, que toda la antigua ilusión revive fresca y lozana, sobre memorias pasadas.

Las flores de Zumalacárregui, no están secas entre las hojas del libro de sus victorias. Se conservan, se han sabido conservar puras y nuevas en el aire de los tiempos, porque eran flores cortadas a la mayor gloria de Dios y Dios es de todos los tiempos.

Seguimos ahora a la Tradición, pues, ajustada en su pureza al espíritu de las formas nuevas y unida a pasados tiempos por la nobleza y la serenidad. ¡Porque Tradición, es serenidad!

Lo tradicional se extiende por las almas y por el suelo, como un mar inmenso y profundo que alza su espuma al cielo tranquilo, o desencadena sus olas inmensas, pero siempre en el equilibrio de su gran majestad. Por eso es siempre mar. Su color no varía, su sabor tampoco. Pero cada ola, es distinta según la forma de la playa, según la roca con que choca, o según la estación.

Y así, ésta ha sido la gran conquista del pensamiento tradicionalista español. Este es el gran sueño mecido en el ambiente que clama y suspira, bajo una luna romántica de alegría y amor. Resucitando en cada momento sus formas y sus esencias, enmarcadas en los ámbitos vigentes, con el orgullo de su rectitud, dentro de su inmensa nobleza. Este ha sido y es el espiritu inmarcesible, de los cuerpos que piensan, luchan y mueren en ¡OLOR DE TRADICION!

BIBLIOGRAFIA

Quevedo Villegas, don Francisco de. – *Panegírico a la Magestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe IV, en la caída del Conde-Duque.* – Biblioteca de Autores Españoles, tomo I, págs. 288 y 289, Madrid, 1852.

Saavedra Fajardo. – *Empresa XXVIII.* Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXV, pág. 74, Madrid, 1853.

Donoso Cortés, Juan, marqués de Valdegamas. – Obras Edición ordenada por Don Gavino Tejado. – Lección tercera, pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 6 de Dic. de 1836. — (Teoría del Despotismo.) Madrid, 1854, págs. 144 y 145.

Menéndez y Pelayo, Marcelino.—*Ensayos de crítica filosófica,* pág. 364. – Historia de España, seleccionada en la obra del maestro. Madrid, 1934.

Del Diario de Carlos VII, pág. 3, 1871.

Pérez Galdós, Benito –*Zumalacárregui.* – Episodios Nacionales, tercera serie. Madrid, 1929.

Vázquez de Mella, Juan.–*Selección de Elocuencia e Historia.* Vol. I de las Obras Completas. Junta del Homenaje a Mella. Madrid, 1931.

Pradera, Víctor. – *El Estado Nuevo.* – Cultura Española, Madrid, 1935, pág. 18.

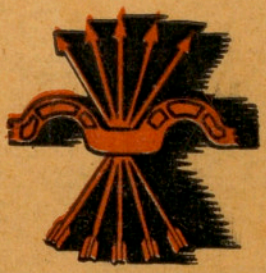
José Antonio. – Del Prólogo al libro de J. Pérez Cabo, *¡Arriba España!*, pág. 8, Madrid, 1935.

Biblioteca Popular Carlista. — Tomo VI. Barcelona, Diciembre de 1895.

Este folleto LA FALANGE CONMEMORA A LOS MARTIRES DE LA TRADICION, fué ordenado por la Delegación Provincial de Prensa y Propaganda de F. E. T. de Sevilla, el día 10 de marzo. se acabó de imprimir en Sevilla el día 10 de junio de 1938, II A. T. por la imprenta F.E.

L A U S

D E O



EDICIONES DE LA DELEGACIÓN PROVINCIAL DE PRENSA Y PROPAGANDA
DE F. E. T. DE SEVILLA.